

**PENSAR LO POPULAR DESDE EL SOCIALISMO,
REPENSAR EL SOCIALISMO DESDE LO POPULAR**
(PRIMERA PARTE)

Carlos Moya Ureta
Junio, 1994

Quisiera comenzar mi exposición por reflexionar aspectos de metodología política; varios expositores se han detenido en más de una ocasión en ciertos conceptos que no me parecen del todo claros y que, sin embargo, creo que van a incidir sobre las miradas de fondo que adopte la discusión en el futuro inmediato.

Modernidad y modernización no son lo mismo

1.- En primer lugar creo que se confunde modernidad con modernización ó, al menos, se usan como expresiones muy contiguas o casi equivalentes.

La **modernidad** corresponde, históricamente, al proceso de ascenso de la llamada filosofía de las luces donde uno de los aspectos más significativos, y que más efecto histórico llegará a tener, es el remplazo del derecho divino — como modo de fundar los sistemas políticos y los sistemas de derecho— por el derecho natural. Ciertamente, la filosofía del derecho no es el único campo en el que la modernidad, en términos de valores, se expresa; también lo hace en el campo de la filosofía del conocimiento y en otros más. Sin embargo, en el contexto de la discusión de esta comisión, la expresión **modernización** puede bien corresponder a todos aquellos procesos de acercamiento, de estrechamiento, de las brechas que separan los procesos de producción de ideas y de innovación tecnológica y su transferencia a lo cotidiano de las personas y de las instituciones.

La modernidad se refiere al mundo de ideas y valores que subyacen y que dan sentido a una parte importante de la cultura social y científica contemporánea. La modernización, por su parte es, finalmente, el sentimiento de actualización, y éste, lo que hace, es poner en evidencia el distanciamiento entre lo que percibimos como una carencia y aquello que consideramos una innovación. En este sentido, la modernización es, probablemente, un proceso de la modernidad; pero sin lugar a dudas que no es su sustituto y, probablemente también, no lo sé, no comienza con la modernidad ni terminará con ella.

2.- Lo interesante de este sentimiento de modernización —y en ésto puede estar lo interesante— es que ello pone sobre la mesa la cuestión de la apertura a la innovación y al cambio y, en consecuencia, la discusión sobre la perspectiva de innovación y el horizonte del cambio. ¿Qué significa esto?. Desde los socialistas significa discutir acerca de nuestra propia capacidad de apertura a las innovaciones y respecto del sentido y de la orientación que queramos imprimirle al cambio. Sin embargo, no se puede pensar la modernización como un proceso neutro, o como un proceso bueno en si mismo, que puede desarrollarse al margen de la significación social que esta involucra; para decirlo de un modo simple, hay modernizaciones y modernizaciones y, por lo mismo, hay modernizaciones que sirven y otras que no sirven a los sectores sociales a los cuales se supone deben estar orientadas nuestras políticas.

Desde el capitalismo, sin embargo, esta cuestión parece estar resuelta. Ellos abren su espíritu modernizador a todo lo que ayude al progreso de sus negocios y a lo que favorezca los procesos de acumulación; poco importa si eso pasa tanto en la transferencia y adquisición de tecnologías, hasta la renovación en los modos de relación social en el trabajo (el taylorismo ha sido hace mucho tiempo descartado como forma de trabajo dominante en las usinas, y no nos extrañemos cuando se conoce que grandes empresas multinacionales, como la IBM, por ejemplo, utilizan la autogestión). Esta actitud modernizadora del capitalismo termina por ser estructurante de dos facetas de la ideología neoliberal, la competencia y el consumo. La primera, la competencia, transfiere al entorno de los negocios la responsabilidad del éxito competitivo cuando asume la pretensión que todas las estructuras sociales y culturales deben orientarse a favorecerla (veamos el caso de Chile hoy, donde el conjunto de poderes que nada tienen que ver con el neoliberalismo agitan ordenadamente las banderas de favorecer la competencia y cautelar la estabilidad de los negocios); cuando ello ocurre, la ideología neoliberal pasa a ser una potente productora de cultura. La segunda, el consumo, genera la ilusión que el consumo es igualitario y genera bienestar. En síntesis, la discusión sobre la «modernización» se sitúa en un contexto problemático que tiene muchas aristas.

Yo asumo la crítica de la visión cultural neoliberal de modernización desde el campo de lo social y desde la producción de cultura. Sin embargo esa no es una discusión finalizada, puesto que ella debe ser complementada con una discusión crítica sobre nuestra propia representación de modernización y desarrollo. En este sentido pueden haber, a lo menos, dos grandes actitudes: la primera, que yo llamaría de adaptación a las presiones ideológicas neoliberales (sería algo así como la humanización del modelo), y la segunda, de

modelos y prácticas divergentes compitiendo, en el marco democrático, por un proyecto de vida y de país alternativo al neoliberalismo.

¿Chile, país pre-moderno?

3.- Por otra parte, no comparto la afirmación —si es que la he comprendido bien— que países como el nuestro se encontrarían en la premodernidad, en tránsito hacia la modernidad y que, en cierto modo, otros países o regiones del planeta estarían avanzando ya desde la modernidad hacia la postmodernidad. En primer lugar, no creo que al hablar de pre-modernidad, modernidad o postmodernidad de lo que estemos hablando sea de etapas; pienso mas bien que al hablar de modernidad y postmodernidad de lo que estamos hablamos es de ideas, ideas que fundan o cuestionan modelos culturales; se trata, por cierto, de ideas distintas y distinguibles; y aún cuando las ideas se asocian al contexto de sentido y de historia a partir de las cuales se producen, no creo que ellas puedan establecerse de un modo tan categórico que lleguen a instituir etapas de desarrollo; creo que al decir esto no estoy diciendo nada nuevo.

4.- De más está decir que hace casi dos siglos que somos república. No exentos de problemas, pero república. Mucho antes que varios estados nacionales europeos se sacudieran del yugo de los imperios. La idea de soberanía popular, la separación de poderes del estado, el fin de la monarquía, son parte de nuestra entrada a la modernidad a comienzos del siglo XIX. En la economía ésto es aun mucho mas brutal. La sustitución, en el control de los negocios y de la economía, de los españoles peninsulares por los ingleses y, en seguida, por voraces —aunque piadosos— comerciantes nativos (pienso en Portales y otros) es parte de esta misma modernidad. Pero no son los únicos. La cultura nacional se desarrolla con un fuerte vínculo con las escuelas europeas y, durante todo el siglo diecinueve y veinte, sus palpitations no siguen sino las palpitations europeas y nórdicas; esto pasa no sólo entre los ricos sino también entre los pobres. De modo que no comparto la idea que seamos un país premoderno, aunque a los pueblos indígenas de la Araucanía se les haya impuesto la modernidad a punta de bayonetas luego de la guerra del pacífico y a los habitantes de “Pascua” se les haya impuesto por anexión.

Comparto la idea que la izquierda obrera y popular modernizó este país, no solo porque impuso y puso reformas sociales y políticas, sino también porque pasó de ser espectador a protagonista en la construcción de país y de su cultura —de la cual somos herederos— e impusieron de buena o de mala forma un proyecto de país distinto. En más de una ocasión la cultura política chilena se nucleó alrededor de estas propuestas. Ese proceso de “modernizar” socialmente el país, me parece a mí también, es parte del otro proceso de expansión de la modernidad.

Por el contrario, si se sostuviera como fundamento a la idea que no somos un país en camino a la modernidad, a causa de la exclusión de valores democráticos bajo el régimen de dictadura, o el no vivir en una verdadera democracia —que no la vivimos—, la paradoja es que nunca en la historia de Chile las movilizaciones populares antidictatoriales sirvieron para vehicular ideas y valores reconocidos universalmente como valores de la modernidad. Pareciera ser entonces que la modernidad sigue no siendo un problema de estructura política de Estado, sino de racionalidad política que genera valores que se sustentan, o se cuestionan o se defienden.

5.- El problema en todo esto, —que considero como una confusión— es que corremos el riesgo de asociar indebidamente modernidad y desarrollo, o bien modernización, desarrollo y modernidad; es decir, una idea limitada de modernidad y una visión esquemática de modernización. ¿Qué efecto puede tener esto sobre nuestra propia discusión?. Llegar a conclusiones simples, por ejemplo, atribuir a una idea de modernización del país un sentido trascendente —que no lo tiene en sí mismo— asignado por el hecho que sería necesario sacar al país de un estado de pre-modernidad. Declarar que lo prioritario en el cambio no son tareas democratizadoras sino, por ejemplo, tareas modernizadoras, podría mentalizar dicho cambio en una perspectiva que reduzca la participación en dichas “tareas modernizadoras” sólo a técnicos, que terminen limitando la participación ciudadana a muestras que responden escuestas intencionadas. En cierto sentido, esta confusión agrega peligro al modo de convivencia democrática y, a la larga, limita la acción política del cambio sólo a las élites tecnocráticas.

Por otro lado, no se puede confundir pobreza con retraso y retraso con pre-modernidad. Lo que hay en Chile es desarrollo, como un desarrollo no reconocido, es un proceso de marginalización creciente de sectores populares de la producción de cultura, inédito para el último siglo social en Chile. Este proceso de marginalización de los pobres de la posibilidad de proponer, que los saca del espacio de la producción de discurso social, se asienta en el debilitamiento y deslegitimación de los movimientos a través de los cuales históricamente se expresaron. Este proceso de marginalización de la cultura, entendida ésta como marginalización de la propuesta de país, va acompañada de una nueva fisonomía social, económica y urbana: existe en Chile un proceso creciente de “gethización” de los pobres. En consecuencia, que ciertos sectores en el país, beneficiados por los procesos de acumulación, accedan a la última tecnología, no significa tanto que los otros sean retrasados como que comiencen a ser re-marginalizados.

6.- Por cierto, hay otras opiniones de las expresadas aquí que comparto, como por ejemplo, que muchas de las realizaciones de la modernidad están

siendo cuestionadas; tal vez no tanto por ser realizaciones de la modernidad, sino que la ilimitada capacidad humana de desarrollo de la filosofía y del pensamiento en general, la pone por sí misma en cuestión. En este sentido emerge la crítica a la ciencia, pero no a la idea de ciencia en sí, sino a una idea de ciencia; en general, lo que se cuestiona es la idea de totalidad¹. Sin embargo, esa idea del fin de la historia, vista como el congelamiento del desarrollo de los modos de vivir, de pensar y de producir no tiene sentido si se compara con lo que ha sido el propio desarrollo humano y lo que podemos pensar que será; es decir, nuestra propia mirada de la historia no hace sino desmentir esas profetizaciones que más que ideas sensatas, sólo son gritos histéricos del triunfalismo neoliberal.

En cierto modo ese es un error parecido al que se cometió desde la lectura ortodoxa del marxismo, cuando se creyó que sus elaboraciones representaban no sólo la forma más alta de pensamiento sino, en cierto modo, un pensamiento terminal. Sin embargo, muchas de las elaboraciones más trascendentes e innovadoras del último tiempo desde la filosofía, la sociología, el psicoanálisis, la epistemología y la ciencia política (lo que Alain Touraine llama "los intelectuales contra la modernidad"²) provienen en muchos casos de ex-marxistas ortodoxos y de marxistas no-ortodoxos, que podrán seguir siendo llamados marxistas, neomarxistas o postmarxistas, pero que aportan pensamiento rupturista e innovador, y que yo sepa, ninguno se ha pasado al neoliberalismo o al neoutilitarismo³, sino que han asumido su crítica, pienso, desde un ángulo aún más consistente y coherente. En un momento se creía que pensar así era malo porque era pensar contra el marxismo y, finalmente, los hechos históricos se han encargado de demostrar que era una forma adecuada y enriquecedora de hacerlo; en esa paranoia, no hacíamos más que privarnos del frescor de las nuevas ideas por temor a abandonar las viejas. Una cosa que todavía no aprendemos bien, puesto que hoy en día abandonamos viejas ideas por temor a construir las nuevas.

Globalidad y diversidad

7.- Como actitud de análisis yo no me pondría en una posición de dilema como el que yo percibo en la propuesta de « refundación ». Creo que

¹ Ver J. François Lyotard, 1991, *La condición postmoderna, informe sobre el saber*, Trad. M.A. Rato, Ed. REI, Col. Teorema, Bs. Aires.

² Alain Touraine, 1992, *Critique de la modernité*, Fayard, Paris, p.177 y sgtes.

³ Me refiero al tipo de discurso como el desarrollado por J. Rawls, Profesor de Filosofía de Chicago autor de *Teoría de la Justicia*, cuyas ideas tienen una gran aceptación en medios intelectuales conservadores; este promueve, entre otras, una idea de justicia social basada en la instauración hipotética de un nuevo contrato social donde, bajo ciertos principios y de acuerdo a algunas condiciones, son permisibles las desigualdades socio-económicas, solo si ellas producen, en compensación, ventajas para cada uno y, en particular, para los miembros más desfavorecidos de la sociedad, (p.41.)

la magnitud del cambio no se condice con la espectacularidad del cambio. Esto no significa que piense que las cosas no han cambiado. En este sentido, pensando desde la complejidad de la realidad actual —¿y cuándo es que la realidad no ha sido compleja?— serenaría la mirada para abarcar también en ella no sólo los procesos de la globalización sino, también, los procesos de la localización; es decir, no sólo lo que uniforma y hace interdependiente las cosas, sino también lo que las hace diversas. ¿Qué implicancias tiene ésto sobre el análisis político y de proyecto que debemos hacer? A mi modo de ver, ésto pone en relieve la cuestión que si bien hay dinámicas de dependencia e interdependencia que no pueden dejar de considerarse —estamos hablando de dinámicas de “sobredeterminación”— también las hay como expresión de la diversidad, es decir como procesos locales que, en otro sentido, generan dinámicas propias que no se explican o que se explican de modo inconveniente desde lo global. La afirmación que “..los problemas son globales o no son problemas” es, a mi modo de ver, una afirmación que tiene mucho de verdad, pero que también tiene techo: hay problemas que no son globales y que también son problemas, y porque no son globales son grandes problemas.

¿Dependencia o integración?

8.- Este último aspecto —el de la globalización— contribuye a poner en la mesa la idea de la dependencia y de la integración. ¿De qué manera, en la tradición intelectual socialista, aparece y se desarrolla la cuestión de la dependencia y de la integración? ¿Qué pensamos, a propósito, de la internacionalización de los problemas y de las soluciones?. Creo que la intervención de C. Almeyda recoge con mucha sensibilidad esta cuestión; no insistiré en ello. El predominio adquirido por Estados Unidos en el mundo en la última década, nos obliga, ciertamente, a rever aspectos de nuestra política y de nuestras ideas. Por otra parte, no dejo de pensar en el contenido y en el sentido que se le da a esta cuestión en un viejo documento socialista, que no sé si todos conocen, la intervención de Oscar Schnake a fines de 1940 en la conferencia de partidos democráticos en La Habana, y que el partido reasume en la discusión de su Congreso de 1943⁴. También en el documento “Programa del Partido Socialista (1948)”⁵, conocido como el programa del 47, hay muchos pasajes sobre esta cuestión y que al releerlos nos parecen increíblemente actuales. De modo que la discusión a propósito de la globalidad y de la dependencia, es una cuestión de larga data entre los socialistas, que tiene muchas aristas y que, por lo mismo, requiere de una

⁴Partido Socialista, 1943, *Una etapa de clarificación socialista*, Agosto de 1943: IV Congreso General Extraordinario; ver Informe político internacional del Jefe del Departamento Internacional crda. Humberto Mendoza, pp. 87-119.

⁵Programa del Partido Socialista de Chile, aprobado en la Conferencia Nacional de programa celebrada en el mes de Noviembre del año 1947, p. 10-12

reflexión seria.

En otro momento, el prestigio y el espacio que la situación chilena tuvo en el extranjero durante la dictadura, —y muchos de los presentes conocen ésto mejor que yo— se debe, entre otros, porque desde la cultura política y democrática chilena, éramos capaces de aportar lecturas propias. Y ésto es una de las características que yo creo más se aprecia de los socialistas chilenos: nuestra capacidad de aportar lecturas propias de la acción social. ¿Queremos abandonar esta tradición de nuestra cultura política?. Por cierto yo abordo el problema de la globalización desde un ángulo que me es conveniente, pero es al problema de economía mundial, de política internacional y de cultura científica que me estoy refiriendo. En un sentido, no podemos vivir como vivieron los albaneses en un mundo que, dicen, se ha convertido en una aldea, pero en otro, no quiero morir como los portorriqueños.

Proyecto socialista : recrear el sentido de la acción colectiva

9.- Con esta idea quisiera referirme a otro tipo de problema y que tiene que ver en cierto modo con la idea que encadena nuestro espacio de reflexión; ésto es, la cuestión del proyecto y en particular la del proyecto socialista. A mi modo de ver las cosas, la demanda de proyecto pone en el centro el sentimiento colectivo de que falta algo, que lo que hacemos está incompleto. En este sentido, faltaría una perspectiva de horizonte.

El proyecto se diferencia de una plataforma o de un programa porque como dice Sartre⁶, —permítanme que lo cite— proyecto es aquello

“...a partir de qué y por qué, el hombre individual y colectivo se hace a través de lo que el hace, se propone de cambiar, de modificar, de transformar, en su existencia y en su relación al mundo”

en el sentido sartriano hay una idea de cambio y de “hacerse”(instituirse) en el haciendo, pero también está propuesto un sentido de ruptura con lo que existe; de este modo volvemos de nuevo a la discusión que vincula práctica y cambio. Yo creo, y es una creencia mía, que las respuestas que requiere el proyecto socialista no están en los dilemas doctrinarios ni en la huida de ciertos principios de nuestra historia; las nuevas ramas que le crezcan al árbol por muy altas, bellas y frondosas que sean, no pueden separarse del tronco que las alimenta y que las hace verse siempre verdes, salvo que

⁶J.P. Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, precedida de *Cuestión de método*, Gallimard, Paris., “...para nosotros, el hombre se caracteriza ante todo por la superación de una situación, por aquello que él logra hacer, de eso que han hecho de él, aún si él no se reconoce jamás en su objetivación... la conducta más rudimentaria debe determinarse, a la vez, por su relación a los factores reales y presentes que la condicionan y en relación a un cierto objeto por venir que ella intenta hacer nacer. Es a ésto que nosotros llamamos *el proyecto*”.

cambiamos el arbol, pero allí, una vez más, serán otras ramas.

Recrear entre todos el proyecto socialista no puede significar sino la recreación del sentido de nuestra acción colectiva. Esto es lo que puede dar al proyecto socialista su frescor y su permanencia en el tiempo. El sentido de la acción colectiva es, ciertamente, una construcción colectiva.

Pienso que proyecto político no es lo mismo que trayectoria política. La trayectoria se asocia a la historia y a las aspiraciones de personas y/o generaciones. El proyecto trasciende lo individual y lo generacional y se deposita en lo social y en la cultura. Por ello tampoco creo, a propósito de cosas que han sido dichas en esta comisión, que pensar "en términos de proyecto" tenga que ver con "pasadas de cuenta" a la historia.

10.- La idea de proyecto también pone en el centro la cuestión del lugar del habla. ¿Desde dónde hablamos?, ¿Desde dónde pretendemos hablar? y ¿De qué manera "los otros" son parte del mismo proceso de habla?. Estas interrogantes llevan a reflexionar aspectos no suficientemente considerados y que a mi modo de ver son fundamentales para la concepción y concreción del proyecto socialista. Dar sentido a la acción política colectiva no puede hacerse sino a partir de una ética y de valores comunes, lo que implica, en cierto sentido, recuperar fundamentos y principios. Esto parece central para compensar, al menos, los estragos que causa el pragmatismo político. Entiendo por pragmatismo político la incapacidad a dar sentido y coherencia a la acción política. De este modo se pueden hacer o sostener, en un mismo tiempo histórico, muchas cosas sin importar si ellas son o no coherentes con los fundamentos de la acción colectiva. Es más, el pragmatismo, por ser funcional y utilitarista, mina los soportes éticos que dan sentido al proyecto político. De allí que considere, de un cierto modo, que la construcción del proyecto socialista debe pensarse como un gesto de poetizar la política.

Profetas y profetizaciones

11.- La idea de proyecto debe ayudarnos a poner la vista más allá de una coyuntura, más allá de una alianza, mas allá de una forma de gobierno. Reponer un proyecto de país, por una parte, ser activos constructores de proyecto cultural por otra, no solo desde protagonismos individuales que poco importan, sino desde protagonismos sociales. La idea de "acercar la política a la gente" se sostiene un poco en la idea contraria; significaría que la política es vista como una cuestión de «arriba» o de «afuera» de la gente; lo que implica, en consecuencia, no creer en la capacidad política de los movimientos sociales. Esto no sólo es una idea elitista de democracia sino también una idea paternalista y, por lo mismo, lejana de o de los sentidos que las propuestas socialista han adoptado a lo largo de su historia, cualquiera sea su matiz o la

circunstancia circundante. Pienso que la dictadura acartonó la política y es muy fácil, en los modos actuales de hacer política, de acartonarse con ella; nuestros discursos sobre temas centrales se hacen como si no se hicieran, y todo parece demostrar que sólo es posible tomar la iniciativa desde arriba, como si los demás no tuvieran nada que decir. Los medios de comunicación son fundamentales para crear representaciones sociales. Es una paradoja pero parece real: mientras más estamos en el gobierno más nos automarginamos en el poder; mientras más nos involucramos en las tareas del centro, más contribuimos a marginalizar y alienar la gente del protagonismo de su propia historia como nación.

12.- Lo que conocemos como «renovación» en el PS, me parece que tuvo el mérito de estar entre los primeros que mantuvieron firme la palabra para criticar las profecías. Yo fui uno de los miró con desconfianza desde la estrechez de ciertos puntos de vista. Sin embargo, la crítica a las profecías no es suficiente para abrir un proceso de creatividad fecunda en la producción de ideas, y cuando faltan las ideas nuevas vuelven los profetas. En este sentido, la «renovación» como proceso de repensar el socialismo chileno no es capaz de aportar ideas nuevas que hacen falta para seguir avanzando, porque alejarse de las viejas no es aportar ideas nuevas; el espacio de proyecto nos da la oportunidad de elaborar en conjunto aprovechando la riqueza de este partido que entretanto se hizo cosmopolita, diverso, plural, inteligente, pero sin menospreciar lo que él tiene de modesto, de popular, de clandestino, de socialista.

13.- El inmediatismo no puede ocupar toda nuestra capacidad de discurso, y no podemos sólo ocuparnos desde el partido de pensar el gobierno, o desde el gobierno de pensar el partido. Creo firmemente que debemos recuperar una perspectiva diversa y que, finalmente, no puede dejar de tener sino efectos benéficos sobre la propia acción del y de los gobiernos. Debemos pensar lo popular desde el socialismo y repensar el socialismo desde lo popular. Pensar lo popular desde el socialismo es recuperar una perspectiva de intereses sociales y democráticos que ponen en el centro de nuestras preocupaciones pensar Chile desde la perspectiva de los trabajadores. Repensar el socialismo desde lo popular significa recuperar una perspectiva que autonomiza la acción del pueblo a través de sus expresiones políticas más genuinas.

Esta última frase revela, en verdad, el tema principal desde el cual quisiéra aportar en esta comisión. Espero que en otra vuelta de intervenciones pueda presentar mis puntos de vista a este respecto o, de lo contrario, haré llegar un texto a la mesa.